

Cristo ha resucitado

“Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo”. El domingo de Pascua es el domingo de los domingos. Es el día del Señor. El día en que Cristo resucitó, venció la muerte y salió victorioso del sepulcro, inaugurando una vida nueva para él y para nosotros.

Los relatos de la resurrección de Jesús son relatos de fe que nos transmiten un hecho real, histórico y trascendente. La resurrección de Jesús no es un mito o una leyenda. Es un hecho real, sucedido al propio Jesús y constatado por sus apóstoles. Al tercer día de su muerte, Jesús revivió, su cadáver volvió a la vida, su alma quedó inundada para siempre la gloria del Padre. Y la muerte fue vencida. No volvió a esta vida, que termina en la muerte, sino que revivió a una vida nueva que él ha inaugurado en su propia carne. Por eso, cuando las mujeres van al sepulcro un ángel les anuncia: “*No está aquí, ha resucitado*” (Mc 16, 6). Y ellas se lo comunican a los apóstoles, y éstos constatan los hechos. Es un hecho histórico, que sucedió en un lugar y en un día del calendario. Un hecho singular en la historia de la humanidad. Y es un hecho trascendente, porque desborda la historia humana, llevándola a plenitud en su propia carne.

Jesús se deja ver por sus discípulos al atardecer que aquel gran día en el Cenáculo, por los discípulos de Emaús. Y posteriormente en distintas maneras por distintas personas, incluso por el apóstol Tomás, el incrédulo, que se rindió ante la misericordia de Jesús: “*Señor mío y Dios mío*” (Jn 20, 28). Las mujeres, los apóstoles, los discípulos, más de quinientos hermanos han visto a Jesús resucitado (1Co 15, 6). El apóstol Pablo nos dice: “Yo lo he visto” (Cf 1Co 9, 1). La resurrección de Jesús ha quedado abundantemente testificada y certificada por medio de testigos dignos de crédito.

El acontecimiento de la resurrección del Señor es el punto clave de nuestra fe cristiana. No somos discípulos de un personaje que pertenece al pasado, somos discípulos de un personaje que está vivo. Es el único personaje en la historia de la humanidad que ha resucitado de veras. Somos discípulos de quien tiene la vida y la da al que se le acerca. Somos discípulos del Resucitado, a quien hemos contemplado en estos días pasados colgado de una cruz, muerto de amor por nosotros y a su Padre.

Su resurrección es prenda y anticipo de nuestra propia resurrección. También nosotros resucitaremos como Él, más allá de la muerte. Nuestra alma está llamada a disfrutar de la gloria después de la muerte, y nuestro cuerpo resucitará en el último día de la historia humana, al final de los tiempos. “*Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí aunque haya muerto vivirá y todo el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre*” (Jn 11, 25). Vivir con esta esperanza es ya motivo de un gran gozo en la vida presente. No hay comparación entre los sufrimientos de esta vida y la gloria que nos espera. El cristiano vive en la esperanza de la gloria.

Este Jesús, hijo eterno de Dios hecho hombre, muerto y resucitado para nuestra salvación, está muy cerca de nosotros en el sacramento de la Eucaristía. Ahí está vivo y glorioso, y espera que acudamos a Él para llenarnos de su vida divina, de su gracia, de su gloria. El domingo de Pascua es un día nuevo, es el día en que estrenamos vida, es un día que nos llena de gozo el corazón con una alegría que nunca terminará. A todos os deseo una santa y feliz Pascua de resurrección, con mi afecto y bendición:

+ *Demetrio Fernández, obispo de Córdoba*